

Dictadura, memoria y democracia: “Franco, ¿ese bro!” ¿por qué tantos jóvenes votan al neofascismo? Los juicios de Nuremberg pendientes al franquismo

Enrique-Javier Díez-Gutiérrez

Resumen: Se viene observado en los países europeos un crecimiento del apoyo juvenil al neofascismo. En el caso español, este fenómeno se manifiesta a menudo en la escuela y en los entornos juveniles a través de la banalización del pasado dictatorial, visible en expresiones irónicas y provocativas como “Franco, ¿ese bro!”. Una de las causas radica en las políticas públicas de memoria y la escasa presencia sistemática de la dictadura franquista en los procesos educativos. A diferencia de lo ocurrido en otros contextos europeos tras la Segunda Guerra Mundial, donde se impulsaron procesos judiciales y pedagógicos—como los juicios de Núremberg—, en España la transición política se articuló sobre una lógica de olvido que dejó sin depuración institucional ni procesos judiciales a los responsables del régimen franquista. Lo cual ha tenido consecuencias en la construcción de la memoria colectiva facilitando la aparición de discursos revisionistas o relativizadores del pasado fascista. Frente a esta situación, la educación en memoria histórica democrática de forma rigurosa y sistemática adquiere un papel central para fortalecer la cultura democrática y prevenir la normalización de discursos neofascistas en las nuevas generaciones.

Palabras clave: Neofascismo; Memoria Histórica Democrática; Educación en Memoria; Dictadura; Franquismo.

Introducción

Somos una anomalía democrática. Mientras que la mayor parte de las democracias europeas se constituyeron desde el antifascismo, la española lo hizo sobre el olvido del pasado. La modélica transición se construyó sobre el memoricidio, el silencio y la impunidad de la dictadura franquista. La Ley de Amnistía del 77 supuso una ley de punto final que amnistió a todos los responsables del fascismo y de los crímenes de lesa

humanidad y contra los derechos humanos que cometieron durante 40 años. Sería impensable que Goebbels o Himmler hubieran sido presidentes de un cantón alemán, como sucedió en España con Fraga, por ejemplo. En España nunca ha habido unos juicios de Nuremberg al fascismo. No es de extrañar que los jóvenes banalicen la dictadura, pues sus mayores no les hemos enseñado realmente lo que supuso. Solo que el mal no tiene consecuencias.

Una de las asignaturas pendientes que siguen sin abordarse decididamente y con valentía política es la inclusión de la memoria histórica democrática en el sistema educativo, especialmente en la Educación Primaria y en la Educación Secundaria Obligatoria, periodos por los que pasa toda la población española al menos durante diez años de su vida y, para una buena parte de ella, el único periodo en el que tiene contacto con el conocimiento académico y científico.

Esto ha implicado que una buena parte de nuestra juventud actualmente llegue a banalizar el mal, hablando en los centros educativos entre risas de “Franco, ¡ese *bro*!” o que con Franco se vivía mejor, hablando de la dictadura como si fuera un periodo idílico. Medio siglo después de la muerte del dictador Franco, el neofascismo engancha con el ideario de muchos jóvenes debido a la insuficiente y, a veces casi nula, atención a la memoria histórica democrática en las aulas durante la educación obligatoria: ese memoricidio ha sido consecuencia del largo silencio que se impuso durante la transición.

Esto es lo que ha permitido que ese franquismo sociológico, ese fascismo que nunca derrotamos, haya cristalizado en el actual auge del neofascismo. Por eso no es de extrañar que uno de cada cuatro jóvenes, el 25,9% de los hombres entre 18 y 26 años, la llamada generación Z, consideren que el autoritarismo puede ser preferible a la democracia “en algunas circunstancias”.

La banalización del mal, que diría la filósofa Hanna Arendt, parece campar a sus anchas y adolescentes cantan con desparpajo el “cara al sol”, declamando a voz en grito la letra del himno fascista, en los recreos de los centros educativos, o incluso delante del profesorado con aire provocativo.

Decía Antonio Gramsci que “el viejo mundo se muere, el nuevo tarda en aparecer, y en ese claroscuro surgen los monstruos”. Hoy, en el estertor del capitalismo (aunque a

veces los imperios, como el romano, tardan siglos en desaparecer) vemos como proliferan estos monstruos.

Si a esto le sumas la desmemoria de lo que supone una dictadura en nuestro país, te explicas en buena medida que una parte de los jóvenes hayan optado por creer que las propuestas de la extrema derecha son antisistema y que son la solución a estos tiempos de falsas promesas, de corrupción y desesperanza.

Y la historia nos recuerda que estas épocas son instrumentalizadas por políticos oportunistas que nos hablan de mitos sobre un pasado supuestamente glorioso, en el que nuestra tribu mandaba más que las demás, y señalan como amenazas al feminismo y la inmigración que, según ellos, ponen en peligro la “masculinidad” y la “pureza de país”, envolviéndose en banderas y símbolos patrióticos para clamar por la vuelta a ese pasado mítico (MAGA: Make America Great Again).

Necesitamos voluntad política

En la investigación que venimos desarrollando desde hace 20 años se ha constatado que la represión de la dictadura franquista y la resistencia antifranquista son temas a los que no se suele llegar en las aulas o por los que, a veces, se pasa de puntillas.

Hoy en día, el resurgimiento y auge del neofascismo ha alentado incluso a partidos tradicionalmente conservadores y neoliberales a unirse a esos postulados negacionistas y a acusar de «adoctrinamiento» o de «reabrir viejas heridas» a quienes pretenden recuperar la memoria histórica democrática.

Esta “desmemoria”, o más bien “memoricidio” intencionado, es sorprendente porque la historia reciente es una materia que se aborda en todos los centros docentes, según el currículo oficial establecido en la legislación española, y además durante dos cursos (4º de Secundaria y 2º de Bachillerato), que se dedica específicamente a la historia de España.

Pero el profesorado explica que en cierta medida se “pasa de puntillas” por estos temas, y el propio alumnado asegura que en bastante ocasiones no se llega, quedándose, en todo caso, en el periodo de la II República y la guerra.

Es más, parece como si hubiera una estrategia intencionada para evitar profundizar en nuestro pasado reciente, lo cual, como podemos comprobar con el aumento de jóvenes

que se declaran votantes de extrema derecha, facilita la manipulación mediática y política, y una peligrosa permisividad ante ese franquismo sociológico, con manifestaciones cada vez más explícitas de exaltación de la dictadura.

Debemos tomar ejemplo de otros países. En Alemania, Inglaterra, Italia, Francia, Argentina, Polonia..., esta temática se aborda de forma sistemática en las clases de Historia y se visitan regularmente los lugares de la memoria. La realización de acciones y propuestas curriculares de memoria histórica es hoy en día una realidad con prestigio en los principales contenidos curriculares de países de la Unión Europea, en Estados Unidos y Canadá, en Chile, Australia y en Japón; y la memoria de las dictaduras se extiende a países como Ruanda o Sudáfrica.

A diferencia de España, Alemania reconoce los crímenes y la violencia que cometieron, acepta las responsabilidades por ello y los niños y niñas alemanes aprenden en el colegio cómo comportarse ante el recuerdo y la memoria. Es decir, en otros países no pasa lo que lleva sucediendo tanto tiempo en España. De hecho, hasta la ONU, en 2014, emitió un informe que cuestionaba la aplicación de la Ley de Memoria Histórica. Y en 2020 y en 2024, en los nuevos informes de la ONU sobre derechos humanos en España, insistía en pedir avances en esta materia y reiteraba la necesidad de avanzar en el derecho a la verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición.

Derecho a conocer la verdad

Conocer la verdad es, según la ONU, un derecho inalienable de los pueblos. No olvidemos que las dictaduras utilizan el olvido para imponer su visión de la historia. Es la democracia la garante y responsable del recuerdo y la memoria que se lega a las futuras generaciones. Si un solo alumno o una alumna acaba el período de educación obligatoria sin conocer esto, es una tragedia en pleno siglo XXI.

Las heridas no están cerradas. No se puede “pasar página” sin más. Su único tratamiento es la verdad, la justicia y la reparación. Durante la transición, como vimos anteriormente, la supuesta “necesidad de consolidar el régimen democrático” y el miedo y control generado por la continua alusión al “ruido de sables” y el golpe de estado militar contra la nueva democracia, condicionó la posibilidad de desarrollar una política de la memoria que enlazase con la tradición democrática republicana. La transición se

edificó sobre esa “amnesia inducida”, con el resultado de una desmemoria que establecía una falsa equidistancia de responsabilidades entre vencedores y vencidos.

Esta transición sin ruptura supuso que la falsa memoria del franquismo no se vio contrarrestada institucionalmente con una nueva política de la memoria sustentada en los referentes democráticos de la II República y la lucha antifranquista. Mientras que otras democracias, como la italiana o la francesa, se fundaron sobre el paradigma del antifascismo, la española lo hizo sobre el de la “superación” del pasado.

Por eso, debemos pasar a concebir la memoria histórica como un derecho de ciudadanía, lo que supone afrontar esta cuestión en términos colectivos y de futuro. Debemos superar la ideología de la “reconciliación” y del “espíritu de la transición” y reconstruir un currículum que garantice realmente la justicia curricular y evite el actual memoricidio curricular. La construcción de una democracia plena también precisa que se hagan efectivos los principios de verdad, justicia y reparación. No se puede construir un futuro con un pasado basado en la impunidad.

Ciertamente conocer y comprender nuestra historia reciente, sin bulos, fake news, ni falsos memes, que minimizan o tergiversan la verdad, puede ser una vacuna, pero no inmuniza definitivamente, como vemos en Alemania o Italia donde, a pesar de que en el periodo escolar se abordan estos contenidos, sin embargo el neofascismo está gobernando u ocupa un amplio espacio en el Bundestag. Pero esta vacuna pone el virus inicial del conocimiento de la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición. Un virus que permitirá, si la persona quiere y tiene interés, profundizar en lo que supuso y puede suponer un golpe de estado, la quiebra de la democracia, la represión y la derogación de los derechos y las libertades conseguidas.

No podemos olvidar que la utilidad del conocimiento sobre el pasado es el aprendizaje colectivo para que no se vuelva a repetir la barbarie. La democracia tiene el deber de fomentar el acceso a este conocimiento histórico, porque es la única garantía de adquisición de criterios propios y hace a la ciudadanía más sabia y, por lo tanto, más libre. La consolidación de nuestra democracia precisa que se hagan efectivos los principios de verdad, justicia y reparación. Sin ellos será imposible garantizar un presente y un futuro auténticamente democráticos.

Las nuevas generaciones necesitan conocer y comprender su pasado, la historia de su comunidad social, porque tienen derecho a la verdad. La “memoria histórica” es la

recuperación de la verdad desde la memoria y los valores democráticos y de justicia social de quienes dieron lugar a los derechos sociales y las libertades que hoy disfrutamos.

Qué hacer para evitar “la banalidad del mal”

Por eso, el primer paso debería empezar por evitar esa desmemoria en la escuela. Se necesita voluntad política para que lo establecido por la Ley de Memoria Democrática se aplique en la Ley de Educación, la actual LOMLOE. Se debe obligar a que el sistema educativo incluya dentro de sus contenidos escolares la represión franquista, la lucha antifranquista y la memoria histórica democrática.

Pero hasta ahora no ha habido voluntad política, porque desde el Ministerio de Educación se han reducido los contenidos de la memoria histórica democrática a la genérica y difusa formulación siguiente: “historia de la democracia y su contribución al fortalecimiento de los principios y valores democráticos definidos en la Constitución española”, como establece la LOMLOE en su disposición adicional 41 cuadragésima primera. Es increíble que la legislación española establezca expresamente que todo el alumnado español debe conocer y estudiar el holocausto judío, pero no el español, como le denominó P. Preston.

Por eso, ante esta falta de voluntad política, hemos culminado recientemente la tetralogía sobre memoria histórica democrática, publicada por la editorial Plaza y Valdés, destinada a facilitar al sistema educativo el deber de memoria recogido en la legislación española, así como en el derecho internacional y en los derechos humanos, para educar en la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición. Para concretar de una forma didáctica lo que se plasmó, de forma expresa y contundente, en la Ley de Memoria Democrática, en su artículo 44:

Esta tetralogía dedicada a la recuperación de la memoria democrática, se inició con “*La Asignatura Pendiente*” (2020), y se ha continuado con la trilogía de Unidades Didácticas de recuperación de la memoria histórica democrática, cuyos títulos son: “*La historia silenciada*” (2022), “*La memoria histórica democrática de las mujeres: II República, guerra y exilio*” (2023) y “*Represión franquista, resistencia antifranquista y memoria histórica y democrática de las mujeres: unidades didácticas con perspectiva de género*” (2025).

Pero debemos ir mucho más allá. Tenemos que dar tres pasos fundamentales:

1. Debemos pasar a concebir la memoria histórica democrática como un derecho de ciudadanía, lo que supone afrontar esta cuestión en términos colectivos y de futuro.
2. Debemos superar la ideología de la “reconciliación” y el “espíritu de la transición”. La construcción de esa democracia que hoy se clama en las calles también precisa que se hagan efectivos los principios de verdad, justicia y reparación. Sin esto será imposible construir un presente democrático.
3. Debemos evitar que la nueva Ley de Memoria Democrática acabe como las leyes de memoria histórica de las comunidades autónomas para introducir la memoria histórica en los libros de texto y el currículum escolar. Lo cierto es que, en muchas de ellas, no ha pasado realmente de las intenciones o las declaraciones y en otras se ha cercenado radicalmente, con el crecimiento de la extrema derecha y su llegada a las instituciones parlamentarias, las tímidas iniciativas que empezaban a ponerse en marcha.

Tenemos que dejar de ser una anomalía en Europa y en el mundo. La realización de acciones y propuestas curriculares de memoria histórica democrática es una realidad con prestigio en los principales contenidos curriculares de países de la Unión Europea, en Estados Unidos y Canadá, en Argentina y Chile, en Australia y en Japón; y la memoria de las dictaduras se extiende a países como Ruanda o Sudáfrica.

Es decir, en otros países no pasa lo que lleva sucediendo tanto tiempo en España. De hecho, hasta la ONU, ha emitido tres informes que insisten en pedir avances en el derecho a la verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición. El deber de memoria ha sido plasmado en el Derecho Internacional y en los Derechos Humanos.

Por un currículum con memoria que prevenga el auge del neofascismo

Consideramos necesario incorporar la memoria histórica democrática en el currículum de forma transversal. No solo en la materia de Historia, sino en todas las materias y en la formación inicial de todo el futuro profesorado. Porque la memoria histórica democrática nos habla de los derechos humanos, de los principios y valores democráticos y de justicia social. Y esto es algo que afecta a todas las asignaturas, a

todo el currículum, a todos los contenidos escolares. Debemos incorporar estos elementos en la dinámica habitual de la enseñanza en todos los niveles, pues tenemos que educar en el antifascismo. Dado que no se puede ser demócrata sin ser antifascista.

1. Documentar la memoria para recuperar la historia que la extrema derecha insiste constantemente en olvidar, ocultar, invisibilizar. Enseñar al alumnado el proceso de investigación histórica y la recuperación de fuentes documentales para conocer el pasado y entender el presente. Trabajar con ellos la comprensión del contexto de las mismas, el valor de los hallazgos que dan testimonio de la historia, y cómo analizarlas, así como su relación con los acontecimientos actuales.
2. Organizar actividades escolares para visitar los lugares de la memoria del genocidio, de la barbarie. No es lo mismo leerlo, oírlo, verlo en un documental, que vivir y pasear por el sitio donde sucedió. Tratar de imaginarse *in situ* lo que supuso para quienes lo vivieron. Eso permite un ejercicio de empatía, de “ponerse en la piel” de quienes protagonizaron la historia y que, en muchos casos, dieron su vida por construir una sociedad democrática, libre y más justa.
3. Recuperar con el alumnado la memoria intergeneracional a través de entrevistas y grabación documental de quienes la vivieron y que son testimonio directo de los hechos que acontecieron. Ayudarles a conocer la historia, desde la perspectiva de testigos directos, lo cual también permite acercarnos a la vivencia emocional que experimentaron quienes la sufrieron directamente. Quienes son fuentes primarias de la memoria. Y supone hacer un ejercicio de memoria de la historia cotidiana, de la historia personal, de la historia que no se suele contar, pero que es la que entreteje los hilos y la trama de la historia real.

Implicarse y participar como centro educativo y como universidad en movimientos, colectivos, asociaciones y grupos memorialistas de la zona. Colaborar con ellos en procesos de exhumación de víctimas de las dictaduras. En la búsqueda de fuentes documentales que den testimonio de lo que aconteció. En actos de reparación y homenaje a las víctimas de la lucha por una sociedad más justa y mejor. En contribuir a que el pasado no quede en el olvido, sino que sirva para iluminar el presente y para ser esperanza para construir un futuro sin fascismo.

Queremos que quienes dieron su vida por los principios y valores democráticos republicanos pasen de “rojos”, de “bandoleros” y “víctimas” a protagonistas de la historia. Que su nombre no se borre de la historia, como decían las 13 rosas y quienes iban a ser fusilados. No sólo que no se borre, sino que pasen a ocupar un puesto protagonista en la historia futura. Tenemos que conseguir que los auténticos protagonistas de la Historia con mayúscula sean quienes lucharon por una sociedad más justa, más libre y mejor. Y estos, sin duda, han sido quienes dieron su vida por defender los valores y logros alcanzados por la II República.

Enfocar la historia de esta forma supone situarnos en la corriente de lo que se denomina “educación crítica”. Esta corriente trata de reconstruir un currículum contrahegemónico que garantice la justicia curricular. Un currículum basado en la experiencia y las perspectivas de las personas olvidadas y desfavorecidas, construido a partir de la posición de los grupos subordinados, que invierta la hegemonía. No para dar la vuelta a la tortilla, sino para proporcionar experiencias e informaciones desconocidas y olvidadas, para hacer un currículum más comprensivo, más representativo. Esto significa replantear la historia desde la perspectiva de los perdedores, los grupos oprimidos, represaliados, olvidados.

Es cierto que hay quienes dicen que no hay que remover el pasado, que no encarnizarse en reabrir viejas heridas. Aunque, esos mismos, están abriendo continuamente el pasado que les interesa, véase por ejemplo la utilización de ETA en todos sus exabruptos contra sus adversarios políticos. Ese pasado sí que lo están removiendo. Sospecho, como decía Juan Gelman, el renombrado poeta argentino, que no pocos de quienes preconizan el olvido del pasado, vinculado a la memoria histórica de la represión fascista y la lucha antifranquista, en realidad quieren el olvido de su pasado en particular ligado a ese fascismo. El deber de memoria ha sido plasmado en el Derecho Internacional y en los Derechos Humanos. Las heridas no están cerradas. Su único tratamiento es la verdad, la justicia y la reparación.

No podemos relegar la memoria histórica democrática al olvido, pues de ese olvido nace la ignorancia, y de la ignorancia brota la banalización del mal. Por eso hay que educar en el antifascismo, en la diversidad, en la igualdad, en la inclusión, en la justicia social y los derechos humanos. Sin concesiones ni medias tintas. Por eso hemos creado la Internacional Antifascista de Educación. Porque no se puede ser demócrata sin ser antifascista (Díez-Gutiérrez, 2025).

Ciertamente esta formación es una vacuna, pero no inmuniza definitivamente, como vemos en Alemania o Italia, donde los fascistas vuelven a ocupar el Bundestag e incluso gobiernan. Pero, al menos, pone el virus del conocimiento de la verdad, la justicia, la reparación y las garantías de no repetición para prevenir el auge de la enfermedad del neofascismo.

Las nuevas generaciones necesitan conocer y comprender su pasado, la historia de su comunidad social, porque tienen derecho a la verdad. La “memoria histórica” es la recuperación de la verdad desde la memoria y los valores democráticos y de justicia social de quienes dieron lugar a los derechos sociales y las libertades que hoy disfrutamos.

No podemos relegar la memoria histórica democrática al olvido, pues de ese olvido nace la ignorancia, y de la ignorancia brota la banalización del mal. Por eso hay que educar en el antifascismo, en la diversidad, en la igualdad, en la inclusión, en la justicia social y los derechos humanos. Sin concesiones ni medias tintas. Por eso hemos creado la Internacional Antifascista de Educación (Díez-Gutiérrez, 2025).

La Internacional Antifascista de Educación (IAdeE)

El fascismo no es solo una ideología del pasado: hoy el neofascismo reaparece disfrazado de populismo reaccionario, de libertarianismo, de extrema derecha o de derecha extrema, promoviendo el odio y políticas excluyentes que buscan convertir la escuela y la universidad en un lugar de adoctrinamiento, censura y miedo.

Ante ello, levantamos la voz para afirmar que la educación es un derecho universal, emancipador y profundamente político, que debe orientarse hacia la justicia social, la igualdad y la libertad. Por eso nos unimos desde distintos países, tradiciones pedagógicas y luchas sociales para construir una red internacional de docentes, estudiantes, familias, comunidades educativas y movimientos sociales comprometidos con la defensa activa de la democracia, la memoria y la dignidad humana. Queremos que la IAdeE sea también un canal para visibilizar a personas concretas de la comunidad educativa que muestran, desde su adhesión pública al manifiesto constitutivo de la misma, su compromiso por una educación claramente antifascista.

Debemos analizar cómo es posible que tantas personas (muchas de clase trabajadora) hayan pasado por las aulas y el sistema educativo público durante la democracia y

defiendan en pleno siglo XXI postulados e ideologías ultraderechistas, patriarcales, fascistas, xenófobas, racistas, neoliberales y capitalistas, apoyando sistemas basados en el egoísmo, la lógica depredadora del más fuerte y la desigualdad. Preguntarnos también ¿qué hemos hecho en la educación pública en los últimos sesenta años?

Cómo es posible que, estableciendo leyes y programas internacionales para educar en derechos humanos, en justicia social, equidad, solidaridad e igualdad y actualmente en memoria histórica democrática, sin embargo, tantos jóvenes en todo el mundo estén apuntándose a la “moda” de la ultraderecha. ¿No nos habremos centrado demasiado en lo técnico en la escuela, en dedicar la mayor parte del esfuerzo en preparar a los jóvenes para el mercado, y no para lo importante: el modelo de sociedad y de principios y valores por los que han de regirse una sociedad del bien común? ¿No habrán influido tantas exigencias de las empresas por preparar al alumnado para el siglo XXI con competencias, bilingüismo, robótica, esfuerzo, competitividad y éxito y tan pocas para combatir el actual neofascismo, promover el apoyo mutuo, la cooperación, etc.? ¿No habremos ignorado abordar la memoria histórica democrática en la formación de nuestros jóvenes?

Necesitamos repensar el actual modelo de educación. Necesitamos un sistema educativo que ayude a construir otro modelo de sociedad donde no sea posible, ni siquiera pensable, el neofascismo y sus doctrinas del odio al diferente, de antifeminismo, de antiecológico y de desprecio a los derechos humanos más fundamentales. Un modelo de educación basado en el bien común.

Como plantean Nichols & Berliner (2007): “Deberíamos ser el número uno en el mundo en porcentaje de jóvenes de 18 años que están política y socialmente implicados. Mucho más importante que nuestras puntuaciones en matemáticas y nuestras puntuaciones en ciencia es la implicación de la generación siguiente en el mantenimiento de una democracia real y en la construcción de una sociedad más justa para los que más la necesitan: los jóvenes, los enfermos, los ancianos, los parados, los desposeídos, los analfabetos y los desamparados. Se deberían identificar las escuelas que no pueden producir ciudadanía políticamente activa y socialmente útil y divulgar sus tasas de fracaso en los periódicos”.

Para eso se requiere una labor conjunta de familias y profesorado, y en general de toda la comunidad educativa, que se esmeran por enseñar a sus hijos e hijas y a su alumnado que lo más importante no son los resultados, el éxito individual, sino la justicia social y

la solidaridad hacia sus compañeros y compañeras y el bien común que enriquece a la comunidad y el planeta. Pero también se requiere la labor de “toda la tribu”. Especialmente los medios de comunicación y las redes sociales que están contribuyendo profundamente a “educar” a las actuales y futuras generaciones. Es imprescindible que el beneficio económico y el afán de lucro de unos pocos dejen de regir los criterios y el funcionamiento de los medios para convertirse en un servicio al bien común y contribuyan, junto con el sistema educativo, a educar en derechos humanos, en solidaridad, en apoyo mutuo, en decrecimiento, en feminismo, en todos esos principios y valores que se proclaman en todos los tratados y acuerdos internacionales pero que no se cumplen.

Debemos seguir avanzando hacia un modelo educativo que contribuya al bien común de las futuras generaciones y de toda la comunidad educativa y social actual. Un modelo de educación global, en la que se implique toda la tribu, que impulse la formación de personas más iguales, más libres, más críticas y más creativas. Lucio Anneo Séneca, en el siglo IV antes de nuestra era, afirmaba: “No nos atrevemos a hacer muchas cosas porque aseguramos que son difíciles, pero son difíciles porque no nos atrevemos a hacerlas”. Tenemos que atrevernos a soñar. Nos jugamos el futuro de nuestros hijos e hijas, el de la sociedad y el del planeta en su conjunto.

Paulo Freire decía que “la educación es siempre un quehacer político, en tanto quehacer humanista y liberador en lucha por la emancipación”. Por eso, como comunidad social debemos educar en la igualdad, en la inclusión, en la justicia social, en el bien común y en los derechos humanos desde una pedagogía claramente antifascista. Sin concesiones ni medias tintas. Educación antifascista o barbarie, no hay neutralidad posible.

Bibliografía

Camps, V. (2025). *La sociedad de la desconfianza*. Arpa.

Díez-Gutiérrez, E.J. (2025). *Pedagogía Antifascista*. Octaedro.

Díez-Gutiérrez, E.J. & Jarquín-Ramírez, M. (2025). *NO PASARÁN. Por qué la extrema derecha quiere controlar la educación pública y qué hacer para defenderla*. Plaza y Valdés.

Iglesias, O. (24 de octubre de 2025). ¿Los años de dictadura franquista fueron buenos o malos para los españoles? Visión por edad. *Sistema Digital*.
<https://fundacionsistema.com/los-anos-de-dictadura-franquista-fueron-buenos-o-malos-para-los-espanoles-vision-por-edad/>

Nichols, S. L., & Berliner, D. C. (2007). *Collateral damage: How high-stakes testing corrupts America's schools*. Harvard Education Press.